

## LA JUBILACION DEL SECRETARIO GENERAL DE LA UNIVERSIDAD

Con motivo de haberse acogido a la jubilación el señor Félix Armando Núñez, Secretario General de la Universidad de Concepción y Profesor de Filosofía en la Escuela de Educación de este Instituto, el Directorio y el Consejo le ofrecieron el martes 4 de septiembre un banquete en el Club Concepción. El discurso de ofrecimiento estuvo a cargo del Rector de la Universidad, don Enrique Molina.

Publicamos a continuación el discurso de ofrecimiento pronunciado por el señor Rector y el del festejado.

### DISCURSO DE DON ENRIQUE MOLINA

Cuando Félix Armando Núñez se interesó hace cerca de un cuarto de siglo por desempeñar clases de Castellano en el Liceo de Hombres de esta ciudad, trajo credenciales que eran de las mejores posibles en el mundo intelectual y pedagógico de entonces y también de ahora. Así estimo, fuera del valor de sus propios certificados, las recomendaciones con que se presentó de personalidades tan distinguidas como Maximiliano Salas Marchán, Armando Donoso y Manuel Jesús Ortiz, que habían sido sus maestros y amigos.

Y lo más interesante es que al poco tiempo se dejó ver que Félix Armando Núñez correspondía plenamente a los encomiásticos conceptos de sus padrinos, de tal manera que pude decirles a ellos que con su recomendado, por las cualidades de pro-

fesor y las dotes personales que lo adornaban, le habían hecho no sólo un bien al Liceo, sino a mí un magnífico regalo.

Entonces empezó esa brillante carrera de nuestro festejado en que han venido entrelazándose los prestigios que ha sabido conquistarse como profesor eminente del Liceo y de la Universidad, como Pro-secretario y Secretario General de esta última y la estimación, respeto y afectos que sus méritos han suscitado.

Los hombres le han conferido al señor Núñez los cargos antedichos, pero la misteriosa divinidad creadora que preside la distribución de las energías del cosmos, le ha otorgado la dignidad de poeta, de eximio poeta, condición que constituye la esencia de su personalidad.

Y la divinidad tampoco ha salido defraudada. En lenguaje exquisito, fino, impecable, en que suele haber transparencias de surtidor primitivo y claridades de alba, sin dislocaciones e incongruencias que simulan profundidades inexistentes, el poeta nos ha descubierto con su antena que penetra en la verdadera hondura, los misterios del alma, sus dolores y amores, sus nostalgias infinitas, los secretos del ser, las bellezas que esconden el recato de las flores y el ensimismamiento de los árboles.

Concepción tiene la gloria de haber sido la cuna de esas dos joyas de la poesía chilena y americana que son los libros «El Corazón abierto» y «Canciones de todos los tiempos», de nuestro poeta.

El poeta ha cuidado el estro de su poesía como cuida el sacerdote el arca sagrada de su fe y de su esperanza, razón de su ser, y, para preservar la pureza de su inspiración, ha mantenido su alma en una especie de claustro virtual. No lo han seducido los halagos del mundo ni menos la traidora bohemia; pero sus cabalgadas en Pegaso no le han impedido tampoco andar con pie firme en la tierra, y proceder en todas sus actuaciones funcionales con talento, claro juicio, buen criterio y rectitud de espíritu.

Ahora el amigo, profesor y poeta, se va de entre nosotros y el Directorio y el Consejo de la Universidad no han podido por menos, con tal motivo, que expresarle por medio de esta espontánea y cordial manifestación, su gratitud, su adhesión y afecto, y el sentimiento con que lo vemos alejarse de nuestro lado.

Ya no resonará en las aulas universitarias la palabra entonada y cálida de sus sabias enseñanzas, salvo cuando pueda volver esporádicamente; ya no tendremos a la mano en las contingencias de la vida la compañía y el trato del amigo, y ya muchas bellezas pasarán en estos sitios inadvertidas cual vírgenes invisibles.

Pero así como nuestro planeta encubre su ardiente desolación interna con una película fría, a menudo cubierta del delicioso verde de los valles, así también es propio de la superioridad del hombre revestir en ciertas circunstancias su pesar de entereza y de formas alegres. Levantemos, pues, el símbolo del regocijo y de la jovialidad, y brindemos cordialmente por la salud de nuestro amigo, por su dicha completa en su nueva residencia y por los venideros bellos frutos de su creación poética.

## DISCURSO DE DON FELIX ARMANDO NUÑEZ

Don Enrique, mis queridos amigos del Directorio y del Consejo de la Universidad:

Los que hemos cultivado el arte de la expresión sabemos que por una especie de sarcasmo esencial, lo mejor de nuestro espíritu, no puede ser expresado literariamente y que no hay forma alguna de estilo para las más intensas emociones. Tal es ahora mi situación frente a vosotros y a las extraordinarias circunstancias que estoy viviendo. Excusad, pues, en esta oportunidad mi torpeza y mi desaliño.

Hace pocas horas ha desbordado ya de mi ser íntimo lo que me atrevo a llamar el homenaje de la ciudad de Concepción a mi modesta persona, que no ha tenido otro mérito que devolverle pobremente en el temblor de unos versos sencillos la incomparable belleza de su ambiente físico y humano. Aludo a la magnífica velada de esta tarde en el Salón de Honor de la Universidad, que la delicadeza de mi querido amigo, el ilustre Rector don Enrique Molina concibió y preparó con el ánimo de producirme impresión inolvidable, contando para ello con los afectos de que siempre me habéis rodeado y con la hospitalidad de este cultísimo y noble pueblo que como a hijo suyo me ha acogido durante un cuarto de siglo.

Y todavía no satisfechos con tanta magnanimidad, me habéis brindado este regio banquete de despedida, que más que con las lumbres de las lámparas y las flores de la primavera que comienza, me ha parecido brillar inefablemente con la luz de vuestros corazones generosos y la animación de vuestra charla espiritual y efusiva.

Perdonad que en homenaje a la breve efusión que al instante conviene, no me refiera en detalle a los cordialísimos e inmerecidos conceptos con que don Enrique Molina, poniéndose a tono con vuestro cariño fraternal para mí ha querido realzar hasta la idealización mi persona y mi obra. Bien lo comprenderéis: mi corazón ha sido de tal modo durante los últimos días como un campo de batalla de los más encontrados sentimientos de dolor y de alegría, de ternura y de anticipada nostalgia, que no me parece oportuno soltar la vena de mi alma rebosante y conmovida y romper la suave armonía que reina en el dulce rito de amistad que aquí celebráis, con el fragor de ese recóndito combate.

Veinticinco años, mis queridos amigos, constituyen una vida entera.

¡Y qué vida tan afortunada y tan amable, gracias a vos-

otros, gracias a la ciudad de Concepción, gracias a la incomparable sensibilidad del fino y viril pueblo de Chile!

Tan afortunado me siento entre vosotros que si no fuera por los quebrantos de salud que me han movido a solicitar mi jubilación y abandonar una situación que ya por sí misma significaba un privilegio singular y en grado máximo lo era para un ciudadano extranjero me identificaría con el griego supersticioso que Schiller inmortalizó en «La Sortija de Polícrates» y que arrojó al mar su máspreciado tesoro, temeroso de que por haber sido favorito de la buena suerte durante toda su vida, pudiera de improviso suscitar en contra suya la cólera de las Celestes Venganzas, que no permiten a los mortales la perfecta felicidad.

Me voy con la nostalgia de lo infinito que he perdido y con el consuelo de lo infinito que me dais; y entre un infinito y otro, como sobre dos abismos, mi corazón tiembla, dudando de si os podrá corresponder como merecéis.

En procurarlo cifro la esperanza de una de mis mayores alegrías.

¡Salud!